

Salvador que le dice: «El que no toma la cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo;» es decir, no conseguirá los bienes que preparo al hombre para consolarle en una perdurable vida, grita, no conozco mas ley que mi capricho, mas precepto que mi voluntad, ni mas consuelos que los placeres de que puedo rodearme en la vida?

¡Ah! Que así se emancipa el hombre de su Dios, y en el momento mismo en que se convierte á la criatura, cae en su desgracia, y obstinada su razon, llama vida á lo que goza, sin reparar que esta separacion es la mas cruel y lamentable muerte: el mundo le dice: «eres feliz: has llegado á disfrutar lo que halaga el corazon del hombre:» empero entre el pecador y el mundo se escucha otro eco mas fuerte que dice: «vive para el mundo, goza sus placeres, pero mira que gozando lo que llamas vida, mueres para Dios y pierdes tu alma eternamente.»

Oigamos nosotros esta voz, que es la voz de nuestra conciencia: procuremos vivir cristianamente de modo que hagamos para nosotros fructuoso el sacrificio de Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre. De este modo reinará la paz en nuestros corazones y labraremos nuestra felicidad eterna. Pasemos ya á ocuparnos del punto que ha de dar materia á la segunda parte del discurso.

SEGUNDA PARTE.

Hemos demostrado en los discursos anteriores asi la necesidad de una Iglesia que enseñe, y hemos hecho conocer cual sea su constitucion y gerarquía, como tambien que la Iglesia de Jesucristo es la única verda-

dera; el arca misteriosa dentro de la cual únicamente podemos arribar á conseguir la verdadera felicidad. Cúmplenos al presente, hablar de los grandes triunfos conseguidos por la misma Iglesia á través de las persecuciones y contradicciones suscitadas contra ella en la sucesion de los siglos.

No voy á presentaros, señores, una cuestion de hecho: no os preguntaré si existe la Iglesia fundada hace cerca de diez y nueve siglos por Jesucristo. Este templo material, esos altares, nuestra reunion bajo estas bóvedas y la sagrada cátedra desde la cual os dirijo mi voz en este momento es una demostracion de la existencia de la Iglesia. De estas premisas, saca un célebre orador esta consecuencia: «Luego Jesucristo despues de haber vivido como Dios, ha sobrevivido como Dios tambien (1).» La Iglesia superior á todas las obras del poder humano, porque es obra de Dios, ha seguido la marcha magestuosa de los siglos haciendo frente á toda la fuerza del poder humano. Jesucristo ha triunfado en los corazones por el amor. Ha logrado lo que en vano trataria de conseguir ningun otro hombre, porque él es el único que ha conseguido inspirar amor inestinguible, y que ha encontrado apóstoles, confesores de su doctrina, predicadores de ella en todas las clases de la sociedad, en todos los climas y naciones, que ha pedido mártires y los ha tenido en todo tiempo.

Podeis, señores, si asi os place, abrir la historia de la humanidad y registrar los famosos hechos de los mas grandes hombres que han producido los siglos; ¿cuál de ellos ha inspirado amor inestinguible? ¿Tal

(1) P. Lacordaire.

vez Ciceron, Aristoles ó Platon que se hicieron célebres por su sabiduría? ¿Serán los famosos guerreros Alejandro ó Carlo Magno? No: que este privilegio estaba reservado para el que era verdadero Dios al tiempo que verdadero hombre. Esto solo lo ha conseguido Jesucristo. Veámosle reinando en los corazones, desde el momento mismo en que empieza á predicarse su doctrina, y veremos debido á este amor los grandes triunfos de la Iglesia fundada sobre Pedro y contra la cual habia dicho su Fundador divino que jamás prevalecerian las puertas del infierno.

Jesucristo no exijia tan solamente que se le sirviese en secreto: queria un culto público, el culto que le era debido como Dios. Era, pues, necesario edificar templos materiales, santuarios donde pudiesen reunirse ó congregarse los cristianos para ofrecerle homenajes de adoracion y cumplir los demas deberes religiosos. Sin embargo, la Iglesia, como destinada á vivir tanto como los siglos, debia tener una penosa y dilatada infancia. Roma, centro del gentilismo, donde tantos templos habia dedicados á los ídolos, debia oír predicar la doctrina evangélica. Un día al caer para no levantarse mas las estátuas de los falsos dioses, debia convertirse en metrópoli del catolicismo. ¿Qué era el imperio romano al empezarse á predicar la doctrina evangélica? No era mas que la servidumbre en toda su estension. El poder de los Emperadores no conocia límites: el resto de la humanidad se humillaba al pié del Capitolio, para servir de alfombra á los soberbios Césares. La religion cristiana, la doctrina evangélica que debe resonar en aquella populosa capital, esclava entonces de todos los vicios, emancipaba de su esclavitud á la hu-

manidad y enseñaba á los hombres á amarse como hermanos. Necesariamente debia empeñarse una lucha tenaz y porfiada entre el poder imperial y el poder del Evangelio. La nueva doctrina no podia contar con el foro, ni con el pueblo. En vano hubiera sido esperar proteccion humana: era pues necesario confesar á Jesucristo y morir; y mil y mil seguidores del Evangelio le confesaban y morian, porque apenas los Césares se apercibieron de que habia unos hombres que predicaban como Dios á un judío muerto en el patíbulo de los delincuentes, y que combatian el culto de los dioses del imperio se propusieron concluir con ellos, cosa que les parecia muy fácil atendido su gran poder. ¡Cuánto pudiéramos decir ahora en elogio de los mártires! Los que eran acusados de cristianos eran llamados á presencia de los Emperadores donde se les amenazaba con los tormentos y con la muerte, si no renunciaban á sus creencias y doblaban sus rodillas ante los dioses del Imperio. ¡Oh qué admirable fortaleza les comunicaba el Eterno! Sin temor de ningun clase, y desafiando los tormentos y la muerte confesaban á Jesucristo en presencia de los tiranos: sentenciados á morir corrían llenos de gozo á los tormentos y entregaban su vida entonando himnos de bendicion al Dios tres veces santo. De las cenizas que formaban las hogueras parece que nacian nuevos cristianos, pues de tal modo se aumentaba su número, que Tertuliano aseguraba un día á los Césares que si llegaban á esterminar por completo á los seguidores de la doctrina de Jesucristo, el trono careceria de vasallos y de ciudadanos la patria. Los mártires vencieron en la lucha. Pasaron tres siglos en las mas terribles persecuciones, y destruida en el imperio romano la idolatría y cuanto habia de

falso y de injusto, fué allí á establecer su silla el reinado de la verdad: en donde tuvieron su asiento los ídolos, se enarboló la Cruz de Jesucrisso. Desde el mismo punto en que se despedían para el mundo las crueles órdenes de los emperadores, el Vicario de Jesucrisso bendice á los pueblos y naciones.

Si por ventura visitais la ciudad eterna, no busqueis al subir al Capitolio el templo de Júpiter capitolino, y cuando visiteis el foro y los ásperos senderos del Palatino, cuando os paseeis por entre aquellas magestuosas ruinas de la Roma antigua, tended vuestra vista y descubrireis á lo lejos un templo de colosales proporciones, cuya grandiosa cúpula es la admiracion y el pasmo de naturales y extranjeros. Dirigid vuestros pasos á este templo orgullo de las artes: entrad en la magnífica plaza del Vaticano donde se ostentan las estatuas de los fundadores de las órdenes religiosas: penetrad despues dentro del Santuario, pero no os detengais en admirar sus maravillas: levantad vuestra vista, y alrededor del interior de la soberbia cúpula leereis estas palabras de Jesucrisso, que es la verdad por esencia: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Basta, señores: no preguntéis ya el por qué de los triunfos de la Iglesia santa: triunfó del paganismo. ¡Oh! No nos permite el tiempo seguir ahora examinando sus triunfos en los siglos subsiguientes. Seguiremos, pues, mañana en el mismo terreno. Entre tanto concluyamos hoy, bendiciendo á nuestro Dios, que nos ha dispensado el inestimable beneficio de habernos hecho nacer en el seno del cristianismo, donde únicamente se encuentra la verdad, donde únicamente podemos aspirar á conseguir la verdadera felicidad, que es la posesion de la gloria. *Amen.*

SERMON

PARA EL OCTAVO DIA DE LA NOVENA.

Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda. Et possuit illud in monumento.

Y tomando José el cuerpo le envolvió en una sábana limpia, y le puso en un sepulcro.

Math. cap. XVII, v. 59 y 60.

Es indudable, M. A. O., que la vida de la Santísima Virgen fué una cadena no interrumpida de dolores que dando principio en el momento en que resonaron en sus oídos las palabras del anciano Simeon, con las que le anunciaba las futuras contradicciones de su divino Hijo, no terminaron ni aun despues que Aquel hubo consumado el sacrificio del Calvario. Por esto no hay en el mundo dolores que puedan compararse con los suyos ni en estension ni en profundidad. Dias de verdadero gozo habia disfrutado la bella Virgen de Judá. Su alegría era extraordinaria cuando en la gruta de Belen, al tiempo mismo que contemplaba á su recién nacido hijo, escuchaba las voces angélicas que entonando himnos sobre el pobre albergue del monarca de las eternidades, esclamaban: *Gloria á Dios en lo mas alto del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Llenábase del mas puro regocijo